

PIPPA PARK

gana el partido



 Bruño

ERIN YUN

Erin Yun

PIPPA PARK GANA EL PARTIDO



B Bruño

Título original: *Pippa Park Raises her Game*
© 2020 Fabled Films L. L. C., Nueva York

© Grupo Editorial Bruño, S. L., 2021
Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.brunolibros.es

Dirección Editorial: Begoña Lozano
Traducción: Begoña Hernández Sala
Edición: María José Guitián
Preimpresión: Alberto García
Diseño de cubierta: Jaime Mendola-Hobbie,
adaptado por Equipo Bruño
Ilustración de cubierta: Bev Johnson

ISBN: 978-84-696-6333-2
D. legal: M-6673-2021
Printed in Spain

Reservados todos los derechos.
Quedan rigurosamente prohibidas, sin el permiso escrito de los titulares
del *copyright*, la reproducción o la transmisión total o parcial de esta obra
por cualquier procedimiento mecánico o electrónico, incluyendo
la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares
mediante alquiler o préstamo públicos.



Aquel fue un día memorable para mí,
porque me supuso grandes cambios.
Pero eso sucede con todas las vidas.

Charles Dickens, *Grandes esperanzas*



*Para los que habéis abierto este libro:
me alegro de que estéis aquí.*

1

EL EXTRAÑO ENCUENTRO

Yo era la única persona del parque.

Colocándome un mechón húmedo por detrás de la oreja, inspeccioné los toboganes abandonados y los bancos vacíos. No eran más que las seis de la tarde de un viernes, pero parecía que nadie más quería estar bajo la lluvia. Mientras avanzaba briosamente, el gélido viento me entumeció la punta de los dedos, así que aferré más fuerte mi pelota de baloncesto. Aunque todavía no habíamos dejado atrás el verano oficialmente, el frente frío que se había instalado sobre Victoria (Massachusetts) no daba señales de ir a marcharse.

Así que... parque vacío. Tiempo de perros. Y, en casa, las cosas estaban igual de feas.

Mi hermana mayor, Mina, me había estado taladrando casi una hora al enterarse de la nota «inaceptable» que había sacado en mi último examen de Matemáticas. Cuando por fin terminó, yo salí del apartamento hecha una furia, sin olvidarme de coger mi pelota de baloncesto y una botella de agua. Planeaba estar fuera un rato. Pero ahora deseaba haber cogido también una chaqueta más caliente,

o por lo menos una gorra. Pero, lloviera o hiciera sol, yo aún no estaba lista para irme a casa.

Pasé junto al parque infantil, donde los columpios se balanceaban adelante y atrás por el viento, mientras chirriaban sus cadenas oxidadas; era un sonido escalofriante que me empujó a mirar dos veces por encima del hombro al pasar a su lado. La cancha de baloncesto estaba justo después, bordeada por la línea de frondosos árboles que señalaban el inicio del bosque de Gris. Se llamaba así por un tipo rico que había cedido el terreno a la ciudad en el siglo pasado, pero en un día como ese, el nombre era espeluznantemente apropiado. Bajo la llovizna y la niebla, los gruesos troncos de los árboles me pusieron nerviosa.

Girando la pelota entre mis manos entumecidas y despellejadas, me coloqué en la línea central. Respiré hondo y noté cómo se me relajaban los músculos de la espalda. El baloncesto siempre tenía ese efecto sobre mí. Fui hacia la canasta botando la pelota. Mientras me concentraba en el modo en que el balón rebotaba contra la punta de mis dedos, los problemas imposibles de Matemáticas y la latosa de mi hermana desaparecieron de mi mente. Todos mis movimientos resultaban naturales, como si la pelota no fuese algo externo a mi cuerpo, sino parte de él.

Me dirigí a la línea de tiros libres, boté la pelota dos veces y la lancé hacia el aro dibujando un arco. Se coló a través de la red limpiamente. Una de las cosas más satisfactorias del mundo era ver cómo la pelota atravesaba ese aro, y no lo digo por alardear ni nada

de eso, pero se me daba bien. La verdad es que se me daba más que bien; se me daba estupendamente.

Por eso mismo necesitaba volver al equipo del colegio. Había conseguido entrar al primer intento —un buen tanto para una estudiante de sexto curso—, y al final del curso pasado ya era titular en todos los partidos. Mi plan para este curso era convertirme en la jugadora estrella del equipo. Pero ese sueño se esfumó a toda prisa en la primavera pasada, después de que bajaran mis notas en Matemáticas, lo que provocó que Mina me impidiese continuar en el equipo.

Mi cuñado, Jung-Hwa, había intentado con mucho tacto que Mina cambiara de opinión..., pero ella estuvo a punto de arrancarle la cabeza a bocados. Lo más que conseguí fue que Mina aceptara volver a pensárselo si mis notas mejoraban este curso. Pero en mi primer examen saqué un insuficiente que selló mi destino.

Eso por no mencionar que Mina tenía a *omma* de su lado. *Omma* es mi madre, Ji-Min. Aunque yo nací en Estados Unidos, mi madre no era ciudadana norteamericana y no pudo renovar su permiso de trabajo al expirar, cuando yo tenía cinco años. Pero aunque *omma* vivía en Corea del Sur, seguía dirigiendo mi vida con su fuerte puño coreano. Cuando Mina le contara mi último fracaso académico, no cabe duda de que me llevaría un rapapolvo brutal. *Omma* no resultaba menos intimidante ni a pesar de la distancia, ni siquiera a más de once mil kilómetros.

Al pensar en esa llamada telefónica, perdí la concentración y la pelota salió rebotando de la cancha formando un ángulo extraño y fue hacia el bosque. Se acabó la buena racha. Suspirando, me asomé entre los árboles, que estaban cada vez más oscuros. Debido a las nubes tormentosas resultaba difícil saber si era muy tarde, pero supuse que llevaba jugando por lo menos una hora.

Una ráfaga de viento barrió el desolado parque y sacudió los columpios, que empezaron a chirriar de nuevo. Fruncí el entrecejo; debía llamar a Mina. Me había marchado sin decirle adónde iba ni cuándo volvería, y eso nunca era bueno, sobre todo si ya estaba enfadada conmigo.

Busqué el móvil en el bolsillo izquierdo, pero no estaba allí; tampoco estaba en el derecho. Claro. Al salir hecha un basilisco me había olvidado de cogerlo. ¿Qué más podía salir mal? Bebí un largo trago de mi botella de agua y luego fui tras la pelota.

Crucé la pista a la carrera, pero al llegar al lindero del bosque frené en seco. Entre los árboles acechaba una figura alta y encapuchada.

El desconocido dio un paso hacia mí. Y luego otro. Y otro. Yo abrí la boca y noté que me subía un alarido por la garganta, pero lo único que me salió fue un gritito.

La gente siempre dice que en situaciones de gran tensión se supone que has de tener una reacción de luchar o de huir. Yo no. El intruso se acercó más, pero en vez de echar a correr en dirección contraria, me quedé paralizada. Al parecer, aparte de te-

ner problemas con las matemáticas, también he fallado estrepitosamente con las lecciones sobre «el peligro de los desconocidos» que Mina ha estado inculcándome desde que iba a la guardería. En las afueras de la ciudad había una cárcel estatal... ¿Y si me encontraba frente a un convicto fugado? ¿Un asesino? ¿Iba a convertirme en la próxima víctima de un asesino convicto fugado?

La capucha, de color verde bosque, ocultaba la cara de aquel tipo, que sujetaba mi pelota de básquet con una mano y un maletín negro —estrecho por un extremo y más ancho por el otro— con la otra. ¿Qué llevaría ahí metido? ¿Los restos de su última víctima?

—Por favor, no me hagas daño —le solté—. Mina me mataría si..., bueno, si me muriera.

El desconocido se detuvo de golpe. Y luego, con un resoplido de indignación, me tendió la pelota. Y entonces me di cuenta de que la figura misteriosa era un adolescente..., probablemente demasiado joven para ser un asesino curtido. Por debajo de la capucha verde entreví una leve redondez en una cara marcada por el acné que me llevó a pensar que no podría tener más de diecisiete años.

—Coge tu pelota de baloncesto —me espetó, dejando el maletín negro en el suelo. Su voz sonaba un poco ronca, como si tuviese frío.

Por primera vez nuestras miradas se encontraron. Para entonces mis ojos se habían acostumbrado a la oscuridad y vi que los suyos eran de un intenso tono avellana.

—Gracias —le dije automáticamente.

Mina me había enseñado a pedir las cosas por favor y a dar las gracias, y, aunque yo no estaba segura de si las normas de educación incluían a los adolescentes desconocidos y misteriosos, resultaba difícil desprenderse de algunas costumbres. Todavía un poco recelosa, recogí la pelota y la apreté contra mis costillas.

Mientras tanto, ahora que ya tenía las manos libres, Capucha Verde se metió una en el bolsillo de los vaqueros. ¿Qué iba a sacar? Pegué un salto hacia atrás.

El chico me dedicó una mirada ácida mientras sacaba... un teléfono móvil. Yo empecé a respirar con normalidad de nuevo.

—¿Juegas en el equipo de alguno de los institutos de por aquí? —me preguntó.

—Jugaba. En el del Victoria Middle. Mi hermana me obligó a dejarlo por culpa de mis notas.

Se lo solté todo antes de poder refrenarme. ¿Por qué estaba hablando con él?

—Qué lástima —respondió el chico—. Eres buena.

—¿Tú juegas al baloncesto?

¿Qué narices me pasaba? Ahora era yo la que le daba conversación.

En vez de responder, Capucha Verde miró ceñudo su móvil y lo sacudió un poco. Luego se palpó los bolsillos arrugando la nariz.

—No llevarás encima un cargador portátil o algo así, ¿no? —me preguntó.

Yo rebusqué en mis bolsillos, aunque sabía al cien por cien que no llevaba ningún cargador portátil; ni siquiera tenía uno. Sin embargo, descubrí un paquete arrugado con un pastelito de crema semiplastado. Miré el paquete y luego, por alguna razón, se lo ofrecí al chico. No se acercaba ni remotamente a lo que él me había pedido, pero es que me pareció que tenía cara de hambre. O a lo mejor solo estaba triste.

—Cargador portátil no, pero tengo esto. Es un dulce coreano. Es de la marca Lotte, la mejor. Está buenísimo.

Capucha Verde me miró sin pestañear, luego miró el paquete y volvió a mirarme. Apretó los labios, como para evitar fruncir el entrecejo. O a lo mejor era que, después de todo, estaba contemplando la posibilidad de matarme. Tragué saliva.

Sin embargo, al final sus labios se relajaron en una sonrisa.

—Gracias —dijo, aceptando el pastelito. Tras una pausa, añadió—: Mmm, ¿cómo te llamas?

—Oh. Pippa. Pippa Park.

¡Oh, caramba! Por nada del mundo tendría que haberle dicho mi nombre. Me entraron ganas de pegarme un manotazo en la frente. ¡Qué idiota!

El chico entornó los ojos cuando unos faros iluminaron la calle que discurría junto al parque. Dio un paso atrás, hacia el bosque, y miró en todas las direcciones.

—Si alguien te pregunta, yo nunca he estado aquí, ¿de acuerdo?

Vale, eso sí que era sencillo.

—Sin problema, ya que ni siquiera sé quién...

—Gracias, Pippa. Pippa Park.

Dicho eso, desapareció. Y yo volví a encontrarme en un parque vacío..., todavía helada, todavía mojada, todavía sola, y ahora también desconcertada. Me quedé mirando el bosque un minuto, reproduciendo mentalmente la conversación con Capucha Verde, preguntándome adónde iba con su maletín negro bajo aquella fría lluvia. Luego comenzó a llover más fuerte y retumbaron unos truenos. Me sacudí de arriba abajo. ¿Qué iba a hacer? ¿Qué hora era? ¡Mina iba a matarme!

Tomé aire bruscamente, aferré la pelota y eché a correr hacia mi casa. Mientras cruzaba el pavimento mojado, procuré olvidarme de Capucha Verde.

Después de todo, no era probable que volviese a ver a aquel chico.